tanta sangre fría y con tan orgulloso desdén como si no fueran á morir.

El sargento francés dió á Romero el golpe de gracia; y sin embargo, como si aquella alma de gigante no hubiera podido desprenderse del cuerpo, al conducir el cadáver de Romero á su última morada, hizo un movimiento tan fuerte, que rompió el miserable ataúd en que le conducían sus verdugos.

El pueblo se dispersó sombrío y cabizbajo.

—¡Oh! dijo Jorge; ¡es necesario marcharnos cuanto antes, libertar á la patria, ó morir como el coronel!

—Mañana mismo, exclamó Murillo.

A las diez de la mañana de ese día, la tierra había bebido ya la sangre de aquellos mártires, el sol había secado otra parte, y los vientos habían borrado con su polvo los últimos rastros.

Los carboneros, indiferentes, hacían su comercio como la víspera, sin ocuparse apenas de lo que acababa de pasar allí.

CAPILLA ALFONSINA

XI

Otra faz de don Celso

Entre las personas que volvían de la ejecución, caminaba un hombre que por su traje parecía recién venido de la Tierra Caliente.

A poca distancia, y sin perderle de vista, le seguían otros dos, uno de ellos con el mismo aspecto, y su compañero de levita y sombrero negro, con apariencias de un hombre acomodado.

—¿Estás seguro de no equivocarte? decía á su compañero el hombre de la levita negra.

—No, señor, no me he equivocado: don Roque es, como yo hijo de mi madre.

—Veremos, dijo el otro.

—Lo verá usted.

Un coche que pasaba, hizo detener al hombre que era

objeto de aquella disputa, y los de atrás pudieron acercarse á él sin ser vistos.

— En efecto, es él.

— ¿Ve usted, señor don Celso, como yo tenía razón?

— Sí tenías, pero ahora es fuerza que no se nos escape.

— ¿Y cómo hacer?

— Mira, ¿conoces á los gendarmes?

— Sí, señor.

— Pues te vas detrás de don Roque; y tan pronto como encuentres alguno, le pides auxilio para prenderle, y que le conduzcan á la «plaza francesa.»

— ¿Pero si él me conoce?

— ¿Qué importa? ¿Tú crees que tendrá tiempo de contar el cuento? Ya sabes, tío Lalo, que yo nunca te comprometo: conque anda, y mientras, voy á que te preparen alojamiento.

Don Celso subió en un coche del sitio, y tío Lalo siguió las pisadas de don Roque, que, tan tranquilo como inocente, se iba deteniendo á cada paso, ya para contemplar una guerra pintada en el fondo de una pulquería, ya para comprar un muñeco de barro en una velería, ya para extasiarse delante de un almacén de modas ó de una mercería.

Don Celso llegó á la Diputación y se dirigió directamente, sin vacilar ni preguntar á nadie, y como hombre

que conoce bien el terreno, hasta el despacho del Prefecto Político.

Los empleados y la gente de policía le saludaban como á un conocido de confianza.

El ordenanza abrió la puerta y don Celso penetró en el despacho.

El Prefecto firmaba: el secretario, de pie á su lado, leía el extracto de las comunicaciones que se iban despachando, y un empleado, con un diligente servilismo, recogía los pliegos firmados, les echaba arenilla para que no se borrasen y los colocaba uno sobre otro cuidadosamente.

El Prefecto no tenía ni el trabajo de quitar el pliego de encima para escribir en el que seguía; el empleado era un proteo en esto de evitarle molestias.

Don Celso entró sin hablar por no interrumpir el trabajo, y se paró junto á la mesa; el secretario le estrechó silenciosamente la mano, y siguió leyendo.

«Orden á los periodistas para que no se hable de lo que ocurre por Zitácuaro.»

El Prefecto firmó, y al mojar la pluma, alzó la cabeza casualmente.

— ¡Hola, señor Valdespino! dijo sin dejar de escribir: ¿qué hay de nuevo?

— Nada, señor, venía yo á hablar con usted.

— Siéntese por ahí.

«Segunda advertencia al periódico llamado *La Orquesta,*» dijo el secretario.

Era el último pliego.

— ¿No hay más? preguntó el Prefecto.

— No, señor.

— Muy bien: que salga luego luego el despacho.

— Vamos, señor Valdespino; ¿qué nos dice usted de bueno? Venga usted por acá.

Don Celso se sentó humildemente al lado del Prefecto.

— Pues señor, en la ejecución de Romero no hubo novedad.

— ¿Ya terminó eso?

— Sí, señor.

— Vaya, bendito sea Dios; enemigo menos.

— Andaba por allí un hombre que ha sido de los soldados de Romero, y á quien conocí en mi último viaje á la costa: le llaman Roque el sacristán, porque fué sacristán de la iglesia del pueblo de San Luis: es hombre malo, ladrón famoso, enemigo del imperio, y temible; porque además de ser astuto y valeroso, tiene un gran prestigio en la Tierra Caliente.

— ¡Hola! ¿eh? ¿y qué hace aquí?

— No sé; pero ha de haber venido á nada bueno: él estaba hablando con varios hombres del pueblo, y creo que sólo las precauciones tomadas pudieron impedir que

hubiera hecho una intentona en favor de su antiguo coronel.

— ¿Pero dónde está? ¿usted no averiguó dónde vive?

— No, señor.

— ¡Qué lástima!

— Pero he enviado tras él á un hombre que le conoce de cara y mañas tan bien como yo, y á esta hora el tal Roque debe estar preso.

— Es usted una alhaja, señor Valdespino, dijo el Prefecto, golpeando una pierna de don Celso suavemente: yo le prometo á usted que S. M. no olvidará sus servicios y sabrá premiarlos dignamente.

— Señor, no lo hago con ese interés.

El ordenanza abrió la puerta y entregó un pliego al Prefecto, que lo abrió y lo leyó.

— ¡Magnífico! dijo: me dan parte de haber sido aprehendido Roque Marín (alias) el Sacristán, á pedimento de don Ladislao Pamplona. ¿Es el mismo?

— El mismo.

El Prefecto agitó la campanilla.

— Que venga el señor secretario, dijo al ordenanza.

El secretario se presentó.

— Hágame usted el favor, dijo el Prefecto, de que con inserción de este oficio se remita al reo de que se trata á disposición de la Corte Marcial, agregando que tanto el

aprehensor como el señor Valdespino pueden dar antecedentes de su conducta.

—Pues ya no le quito á usted el tiempo, y me retiro, dijo don Celso.

—Un momento, señor Valdespino; hágame usted un favor.

—Mándeme usted, señor.

—El coronel Van-der-Smisen, jefe de la Legión belga, y que hace la guerra en Michoacán, desea un hombre inteligente y de toda confianza, conocedor del terreno, etc., etc., para que le sirva de explorador, pero no como explorador común, una cosionsa selecta.

—Tengo uno.

—¿No le digo á usted? ¡si usted es una alhaja! ¿Y cuándo podemos contar con él? porque mañana ó pasado sale un convoy para Morelia, y sería bueno que siquiera le alcanzara por Toluca. Estará muy bien pagado.

—Puede usted contar con él hoy mismo.

—Y ¿cómo se llama?

—Ladislao Pamplona, el mismo que prendió á Roque.

—¡Magnífico! Esta tarde á las cuatro le espero.

—Yo mismo le traeré; hasta la tarde, señor.

—Hasta la tarde, señor Valdespino.

Don Celso salió, diciendo entre sí:

—El tío Lalo tendrá un buen empleo, y lo mejor es

que le ahorcarán los chinacos en un descuido; así como así, me alegro, me sirve: pero sabe de mí más de lo que me conviene.

—He aquí, pensaba el Prefecto, cuando salió don Celso, un hombre honrado y de provecho: merece una cruz, y yo se la conseguiré.

El padre Antonio, la señora Joaquina y don Roque, habían llegado la víspera á México, con motivo de la próxima erección del obispado de Chilapa, al cual pertenecía San Luis.

Como la gente de los pueblos cuando viene á México, habían procurado traerse á todos los conocidos, y sólo pudieron arrastrar á don Plácido convaleciente y á la «Guacha».

En todo el día pareció don Roque, que había salido temprano á ver la ejecución de Romero. El cura y su hermana comenzaron á apurarse en la noche. México para los que vienen así, es una especie de Babilonia llena de precipicios.

El cura salió á buscarle; pero no conocía á nadie, ni nadie conocía á Roque.

El pobre cura no debía volver á ver á su honrado sacristán; las cosas iban muy ligeras en la Corte Marcial.

El día siguiente al de la ejecución de Romero, y en el mismo lugar, con las declaraciones de don Celso y del tío

Lalo, don Roque, juzgado por la Corte Marcial, sufría la última pena, y su cadáver era arrojado en la fosa común, cuando el padre Antonio decía alegremente á la señora Joaquina:

—¡Qué contento se va á poner Roque ahora que vuelva, cuando le enseñe estos pantalones de pana negra que le he comprado!

CAPILLA ALFONSINA

XII

Una gota de miel en una copa de acíbar

Señor don Bartolomé de Murillo: Querido y »buen amigo: He respetado los nueve días »del duelo que supongo habrán tenido us- »ted y Eduardo, por la catástrofe de Ni- »colás: hoy reclamo algo para mí. Espero á usted, á »Eduardo y á Jorge, á comer conmigo esta noche á »las siete. Suyo

Juan de Caralmuro.»

—Eduardo, decía don Bartolo, después de leer en voz alta este billete, supongo que tú y Jorge no tendréis inconveniente...

—Ninguno, contestaron los dos jóvenes.

—Entonces á las seis y media aquí; pero sin falta, militarmente; aunque sea dicho en confianza y aquí